

## Esquilo: *Prometeo Encadenado*

Traducción y notas de Juan Rafel Salas Errázuriz  
Ediciones Tácitas, Santiago de Chile, 2016, 125 pp.

---

La tragedia *Prometeo encadenado*, obra de fecha incierta, aunque desde la antigüedad atribuida a Esquilo (Eleusis, 525 - Gela, 456 a.C.) es una de las obras cumbres de la literatura griega. Si bien se considera que era la segunda parte de una trilogía *Prometeida* junto con *Prometeo portador del fuego* y *Prometeo liberado* esta pieza ocurre en el tiempo remoto de la Teogonía, donde la raza humana se jugaba un papel en la historia futura que sólo la correlación de fuerzas entre dioses podía acabar definiendo. Narra así los terribles castigos que padeció Prometeo, hijo del Titán Jápeto, quien, al robarle el fuego de la inteligencia a los dioses para entregárselos a los hombres, fue condenado al suplicio eterno.

La figura de Prometeo hunde sus raíces en la noche de la mitología. Como ocurre con tantos héroes mitológicos, el personaje evoluciona según se van ocupando de él los diversos autores. Para Hesíodo (*Teogonía*, v. 535) Prometeo adquiere un carácter negativo, ya que se opone y engaña a Zeus, quien personifica la bondad y la justicia, pero es en la obra de Esquilo donde se le caracteriza positivamente, ya que encarna la rebelión contra el tirano dios.

Es por esto que Prometeo sea llamado *φιάνθρωπος* (v. 11, v. 28, etc.) con el atributo de una sabiduría de características netamente humanas y como el benefactor de la humanidad, pues roba el fuego de los dioses y se lo entrega

a los hombres (v. 8). De allí que Prometeo sea víctima de Zeus, ya que es castigado al suplicio eterno por cometer este pecado (ἁμαρτία) que aplasta la significación de Zeus como componente del todo y como garante del orden. Con esta acción, el Titán benefactor desvela la conciencia y el deseo de progreso constante del hombre, lo que caracteriza el paradigma prometeico. Prometeo se erige como el que hace valer el principio de autonomía del hombre y su pensar, asume la necesidad, la búsqueda y el conocimiento como directrices de las virtudes humanas.

Con respecto a esta edición, desde hace ya unas décadas las obras clásicas publicadas en Chile han ido aumentando y es precisamente en Ediciones Tácitas, en su destacada colección (sic) donde se han visto nuevamente a la luz textos como *Alcibiades* de Platón (2013), *Filóctetes* de Sófocles (2011), *Carta a Meneceo* de Epicuro (2012) Catulo (2010), Séneca (2014) y pasajes tan relevantes de Tucídides como el *Discurso fúnebre de Pericles* (2008) y el *Diálogo de los Mélos* (2017).

Esta magna obra es traducida en verso por el eminente crítico literario y humanista chileno Juan Rafael Salas Errázuriz (Santiago, 1855 – Santiago, 1921), quien según palabras de Carlos Silva Vildósola “reproducía uno de esos tipos de clérigos letrados, humanistas insignes, intérpretes pacientes y apasionados de las letras latinas y helénicas, en quienes el sentimiento y la fe de cristianos se armonizaba con el concepto pagano de la belleza, constructores de los maravillosos monumentos literarios del Renacimiento y los precursores del arte moderno”.

Este destacado presbítero fue un traductor versátil y de vastas energías, tradujo al castellano a Lamartine (1874), Isaías (1874), Heinrich Heine (1875), Thomas Moore (1875), Víctor Hugo (1875) –a quien consideraba de una “vanidad infinita y un rencor implacable”-, Horacio (1876) y Virgilio (1913), Hans Christian Andersen (1877), Ossian (1877) y Dante (1902). Aunque dominaba el árabe y el sánscrito, se desconoce si tradujo alguna obra escrita en estas lenguas. Hay que destacar también su empresa junto a Víctor Barros Borgoño de publicar un diccionario etimológico de raíces griegas, tarea que tuvo que interrumpir en 1912 al ver disminuidas sus fuerzas.

Parte de esta notable traducción se publicó originalmente en la *Revista de Artes y Letras* en 1889 y ya la edición completa y definitiva en un volumen de 639 páginas apareció en 1904 costeadada por la Universidad de Chile. Esta traducción fue celebrada tanto por Marcelino Menéndez Pelayo como Miguel de Unamuno, quien la utilizaba en sus clases de griego en la Universidad de Salamanca al considerarla “insuperable”. De allí el reconocimiento al gran examen filológico que realiza, lo que puede observarse en las más de 173 minuciosas notas de su edición, donde confronta a editores alemanes, franceses, españoles e ingleses, aclarando su posición respecto a la disyuntiva de éstos; así también incluye en

sus notas antecedentes históricos y mitológicos tanto de la obra como del autor, con una gran cantidad de referencias a otras obras clásicas y su paralelismo con la “historia” de Prometeo. Con la gran cantidad de asertivas notas filológicas nos permite apreciar que cultivó de manera correcta el endecasílabo blanco y el heptasílabo, métricas que siempre le acomodaron (sólo usó metros variables al traducir el “*Canto Secular*” de Horacio, poema que además dividió en partes corales), de allí que Menéndez Pelayo juzgó que sus versiones eran antes la obra de un humanista que la de un poeta.

No es menor destacar que Juan R. Salas E. incluyera en sus notas el estado de la cuestión (hasta 1904) sobre la autenticidad de la obra y su atribución a Esquilo. Nos presenta las diversas opiniones de quienes la insertan -y no- en una trilogía, respaldando así también su posición **incluyendo** los escolios del **códice Mediceo que dicen al verso 522: *Prometeo encadenado: algunas de estas cosas la guarda para la fábula siguiente*** y al verso 511: *porque es libertado en la pieza siguiente*, que hacen referencia a la supuesta trilogía propuesta por los gramáticos alejandrinos. Agrega también los dos versos de *Prometeo portador del fuego* citados por Proclo y Aulo Gelio, con su correspondiente interpretación confrontándola a otros críticos como Weil y Ahrens, que en sus *Fragmenta Aeschyli* tratan la cuestión muy juiciosamente (p. 76). De esta manera incluye también los fragmentos de *Prometeo libertado* conservados en el *Periplo del Ponto Euxino* de Aniano (c.19) y en Estrabón (I, 33) y algunas referencias hechas por Plutarco, Esteban de Bizancio, Apolonio de Rodas y Galeno.

De esta manera, la magna obra realizada por este humanista chileno es sin lugar a dudas una traducción rigurosa, que tanto la filología española ha destacado y que, estamos seguros, volverá a ser de referencia inexcusable para cualquier futuro estudio sobre Esquilo y *Prometeo Encadenado*. En nuestra opinión esta traducción está a la altura y ha superado en algunos casos a las grandes y conocidas ediciones de Bernardo Perea, Francisco Rodríguez Adrados, José Alsina, Manuel Fernández Galiano, Enrique Ramos Jurado, Andrés Racket y Ramón Irigoyen.

El tratamiento de la obra, su conocimiento filológico y el desplante de una lectura amena, en conjunto con la gran cantidad de asertivas notas, permiten al lector guiarse perfectamente por los caminos de la obra y profundizar en las dificultades que el mismo Esquilo plantea. No es menor entonces el significativo aporte de Ediciones Tácitas al publicar obras como esta, es la revitalización de un paradigma recurrente en la historia de la humanidad, pues, siempre existirán nuevos prometeos.

Creemos que esta edición marcó -y **aún marca**- un hito en la traductología chilena y constituye un enorme aporte al conocimiento y estudio de Prometeo y al pensamiento de Esquilo no tan sólo en lengua hispana, sino también, en el mundo académico occidental. Es Prometeo quien encarna esta visión

holística de la humanidad y de la historia: la llegada a una armonía debe pasar por el sufrimiento. El padecer y el aprender están ligados sin duda. Estos dos conceptos nos muestran que todo en la cultura griega está entrelazado, ya que es el mismo Esquilo quien en boca del coro suplicante en Agamenón (v. 117) nos da la sentencia de la existencia trágica: τῷ πάθει μάθος.

RODRIGO CARRASCO PERALTA